

tra porque figura en un cuento excelente (*Mala suerte*). Percy es algo de maqueta, pero también es simpático (*El tesoro de don Benó*); en tanto Spencer (*El solitario de la laguna*) tiene algo de inquietante y de siniestro, lo que no impide totalmente el contemplarle con simpatía.

A todo esto, se dirá el lector, ¿qué hay con el título? El título de este libro corresponde al nombre de su primer cuento, que fue distinguido en un certamen internacional abierto en 1960 por la revista "Life en español". Allí hay gente que vive en la orilla del mar, entre las rocas, levantando pequeñas construcciones con materiales de desecho para guarecerse de la intemperie, y pescando para matar el hambre, no por vía deportiva. También son individuos que beben a matarse, para saciar una sed que renace siempre enérgica, con lo cual resulta que caen en la miseria negra. Al emplear este adjetivo no se hace un juego de palabras con la expresión geográfica Isla Negra, que el autor empleó en su primera obra, ya que en el aristocrático ambiente de Isla Negra no hay miseria de ningún color. La miseria aludida es una que no tiene remedio y que el beber de manera desahogada no cura ni alivia sino sólo disfraza. Se bebe tanto, que no siempre sabe una madre que por allí ambula quién es el padre de cada uno de los muchos hijos que ha puesto en el mundo. Todo un cuadro, en fin, que parece asqueroso cuando se le cuenta así en resumen, y que es naturalmente mucho más asqueroso cuando se le recorre junto con el autor de ese cuento. El autor no ocupa en él papel de patrón ni otro alguno, y la verdad es que no comparece para nada.

Si se nos pide una opinión estrictamente personal, diríamos que nos gusta mucho más el autor cuando cuenta las cosas suyas, sus propias experiencias de cazador y de pescador, y que en cambio el cuento *Barco negro*, ajeno de todo a su experiencia inmediata, nos parece una obra algo forzada. En todo caso, parecen seductores aquellos relatos porque en ellos hay innumerables notas de simpatía humana, de afecto viril, entre el patrón y sus sirvientes; hay bellas descripciones de la Naturaleza; hay distancias, horizontes, cercanías y lejanías, vibraciones de la luz, colores; hay picardía, malicia, gracejo rústico, mil valores en fin de autenticidad. No necesita decir el autor que ha vivido desde chico en ese medio. Si no hubiese vivido en él, no habría podido evocarlo con tanta nostalgia, valor sustantivo en esta obra, uno de los más seductores entre los muchos que contiene.

Raúl Silva Castro.

<https://doi.org/10.29393/At400-51TDFD10051>

La tierra que les di, de MERCEDES VALDIVIESO.

Zig-Zag, Santiago, 1963

Cuando apareció *La Brecha*, en 1961, hubo no pocos escándalos y más de algún moralista refinado rasgó sus vestiduras, aunque la crítica en general se sorprendió y la elogió sin reticencias.

En cierta manera esta reacción fue perfectamente explicable, pues la novelista saltaba del anonimato a la palestra con una obra recia, de con-

textura sólida, de verbo encendido, de verdad desnuda y penetración sutil. No era cosa fácil recorrer los siete velos y revelar intimidades que existen, pero que muchos creen deberían permanecer en la penumbra.

En aquel entonces nos llamó la atención el estilo de Mercedes Valdivieso, que sin alardes de literato, sin alambicamientos ni afeites postizos, penetraba en los repliegues del ser para describir anécdotas, expresar sentimientos, pintar al rojo vivo la rebeldía y la interpretación vital de una existencia tan en desacuerdo con su medio.

En aquella ocasión hubo verdad y arte.

Esta nueva novela suscita automáticamente el interés aun antes de leerla, ya que en todo lector está siempre palpitante el secreto placer de que la segunda no sea como la primera. Así somos los seres humanos, limitados y egoístas, sobre todo en estas lides literarias. Pero resulta que no pocas veces los artistas se burlan socarronamente de sus lectores y de sus críticos. Si lo logran se frotan las manos y con fruición observan pícaramente desde lejos.

La tierra que les di es de una simplicidad suma y en donde todo está a flor de piel. Más aún, el tema en sí no es nuevo, pues el matriarcado ha sido motivo de importantes obras en los más diversos géneros. Aquí mismo, entre nosotros, L. Alberto Heiremans escribió *Las moscas sobre el Mármol*, que fue una tentativa nada despreciable, con un dramatismo bien graduado, con originalidad de creación, diálogo vivo y de interés humano, aunque el desenlace no convenza del todo. Mercedes Valdivieso es más espontánea en la estructura misma de la novela, si tenemos en cuenta sobre todo podríamos llamar la segunda parte, es decir, cuando desfilan ante la madre muerta las hijas, los hijos y el nieto. Aquí está el golpe mortal, el edificio en ruinas, la herida abierta que permite ver los tumores causados por un amor malentendido, dulcemente tirano y ciego.

La tierra que les di posee un estilo directo, sin alambicamientos ni ternuras insulsas. Va directamente al meollo, hundo el escalpelo, no se detiene en preciosismos inútiles, pues la verdad humana se impone por el testimonio directo de los hechos, revelador del fracaso de todo un sistema pedagógico, sistema caduco que cifra toda su eficacia en la solidez de una posición económica deslumbrante y que descuida lo esencial, descuida nada menos que el fundamento granítico en que deben cimentarse los pilares de la formación ética, cultural y sentimental de los hijos, única herencia respetable de los seres auténticamente racionales.

Mercedes Valdivieso no escribió su novela en una noche de verano tropical; por el contrario, su realismo es de pura cepa, su fino espíritu capta lo esencial del problema y deja palpitante el punto neurálgico infectado. ¿Para qué tanto sacrificio por parte de la madre si mientras está muriendo las aves de rapiña, porque otra cosa no son sus hijos, afilan sus garras para lanzarse ávidas sobre la presa? ¿Quién es la culpable? Sólo el amor materno, dominante, solitario y envanecido. Estos seres viven en un caos interior, no están preparados para la vida, son incapaces de medir las distancias, nada noble los atrae sino es el goce de sus instintos primitivos

y el ansia del dinero para satisfacer nuevos caprichos. La madre ha construido todo un mundo lleno de esperanzas y firmemente cimentado en la tierra, pero no basta. Su honorabilidad, sus sacrificios y cálculos no son capaces de plasmar almas para la lucha por la vida, si falta el amor y la ponderación en la jerarquía de valores.

La tierra que les di no tiene el dramatismo de otras novelas chilenas, como aparece por ejemplo en *Cuatro estaciones*, de José Vergara, en donde el choque de generaciones es violento y en último término sangriento. Aquí el planteamiento de su forma externa es menos denso, pero bien analizada la obra y auscultada desde todos los ángulos, creemos que gana en profundidad, amenidad y verdad. No existe propiamente rebeldía; lo que sí abunda es bajeza de almas, capaz de pisotear lo más sagrado, con tal de satisfacer sus ideales rastreros. Son seres reales, estos hijos, reales sí, pero repudiables.

¿Qué actualidad tiene *La tierra que les di*?

En mayor o menor proporción el cuadro se repite y en algunos casos se agrava, pues en esta novela vemos cómo algunos ofrecen cierta resistencia, en cambio hemos conocido al azar a un niño cincuentón totalmente atrofiado síquicamente por un cariño maternal morboso, que una vez fenecida la madre, quedó reducido al pequeño círculo de sus perros y gatos regalones. ¿Y la riqueza acumulada para tapizarle un porvenir sin sobresaltos? El aludido se transformó en un avaro solitaria, que gozaba en acumular monedas de oro, porque le fascinaba el brillo del metal.

La novela de Mercedes Valdivieso va más lejos, pues el panorama humano es más complejo, las raíces maternas se entrelazan con las de todos sus hijos, y en cada uno de ellos está viva la huella de su poderío y férrea voluntad. La novelista sabe dar en cada caso el toque exacto y precisar el detalle que revele un modo de ser y pensar condicionado a cada personaje. No se deja llevar por el ímpetu incontrolado de crear por crear; es más sagaz, es más lógica que sentimental en la apreciación de las circunstancias, ya que la vivencia se impone por la fuerza irresistible de un determinismo, que no fue querido por la madre, pero que aflora trágico y dolorosamente verdadero.

Una madre "banquero" difícilmente toca las fibras más sensibles, que son en última instancia las que determinan la felicidad futura de un hogar. No está mal la explotación de las tierras y el anhelo de cimentar el porvenir incierto de los hijos, pero ésta es sólo una cara de la medalla, la otra, la esencial, la que enraiza en la modelación lenta y meditada de los espíritus fue la que estuvo ausente en esta dama, fiel reflejo de tantas otras, ofuscadas por los preceptos absurdos de un mundo falsamente deslumbrante y fatalmente condenado al fracaso.

Desde el punto de vista estético, Mercedes Valdivieso nos dejó la impresión de escribir con la misma naturalidad con que se respira una atmósfera de esencias puras. No existen aquí embaucamientos ni falsos planteamientos ideológicos, mezclados con conceptos alambicados a los que son tan proclives los autores que enfocan personajes de la alta clase social. Son seres

vulgares, que hablan como tales, que dialogan como deben hacerlo y si la novelista no ofrece panoramas de perspectivas más atrayentes, no es suya la culpa, porque Luisa, Teresa, Anselmo y Bernardo no dan para más. Este verismo, que torna tan atrayente la obra, está expresado en una forma correcta, en donde la frase corta, la adjetivación adecuada, el relieve sobriamente destacado de lo fundamental, el golpe certero de la pincelada, el suspenso sabiamente graduado, la mezcla de amores, cálculos, pasiones desatadas y los nobles sentimientos, dan por resultado un todo vivo y de real jerarquía literaria.

Tal vez podría objetársele que los capítulos Luisa, Teresa, Anselmo, Bernardo, Pilar y Josefina, Miguel, Máximo, Celia y Pablo, estén excesivamente sintetizados, dejando tras sí zonas en penumbra, que si la escritora hubiese destacado, habría obtenido un resultado más positivo. No lo creemos.

Ya en la primera parte advertimos el transitar silencioso y entre bambalinas de todos esos personajes que ahora aparecen de cuerpo entero con todos sus defectos, porque en realidad carecen de virtudes. Lo definitivo en este asunto está en saber colocar los planos de tal manera que el lector insensiblemente sepa ver e intuir. En todos ellos está siempre presente la madre, porque es verdad que "los muertos mandan"; aunque la abominen, ella los dejó marcados a fuego y en el vértigo de sus vidas están dando testimonio de quien así los configuró.

Mercedes Valdivieso no pertenece a la categoría de novelistas que todo lo quieren decir, ni experimenta tampoco la comezón de escribir hasta que nada quede en el tintero. Se ahoga en tinta y con ellos sucumben sus personajes, que en esta frondosidad aparecen a veces desmesurados o cual pigmeos estáticos, que si se mueven no es por el auténtico impulso vital que se agita como expresión de vida, sino por la voluntad caprichosa de quien los lanzó al mundo.

Mercedes Valdivieso nos agrada precisamente por su equilibrio de composición, empresa nada fácil de llevar a acabo con éxito. El mismo Pablo, retoño tardío de las esperanzas es un acierto, que abre todo un mundo de posibilidades literarias.

Después de esta novela Mercedes Valdivieso ocupa un lugar destacado en la ya larga lista de escritoras, circunstancia que le impone a su vez una seria responsabilidad para el futuro.

F. D. D.

La herida del tiempo, de CARLOS MORAND.
Ed. Luis Rivano, 1963.

Hay cuatro relatos en este libro. Dos de ellos podrían agruparse bajo características comunes, pero cada uno de los restantes tiene rasgos divergentes. Los primeros — (*La herida del tiempo* y *Los hombres de la arena*) — presentan episodios sucesivos en la obsesión de un europeo, herido por el